

La Medalla de San Benito

El Señor le hizo a Santa Gertrudis, gran santa benedictina, la siguiente revelación: «*Los hijos de San Benito serán de gran ayuda para mi Iglesia, especialmente en los últimos tiempos*». Han pasado más de 15 siglos desde el nacimiento de este gran Santo, pero aun hoy se lo quiere conocer, y lo que es más, se sigue implorando su poderosa protección e intercesión, especialmente a través de su santa Medalla.

1º ¿Quién es San Benito?

La sagrada Liturgia celebra la fiesta de San Benito el 21 de marzo. De origen noble, nació este santo en Nursia en el año 480, y recibió el nombre de *Benedictus*, «bendito» («Benito» en español), y tal fue, pues llevó santísima vida y fue realmente bendecido con abundancia de gracias. Ya adolescente, fue enviado desde Nursia a Roma, para que se entregara al estudio de las artes liberales. Sin embargo, decidido a no dejarse seducir por los atractivos del placer, no tardó en dejar la ciudad de Roma, entonces corrupta y corruptora, y en abandonar el proyecto de darse a la ciencia humana, para entregarse a la adquisición de la sabiduría celestial.

San Gregorio Magno, en sus Diálogos, nos hace saber que San Benito, al irse de Roma acompañado por su nodriza, hizo su primer milagro: habiéndosele caído a su nodriza un pedazo prestado, se le hizo pedazos; mas bastó la oración de San Benito para recomponer el instrumento y devolvérselo íntegro a la asombrada nodriza. Huyendo entonces las alabanzas de los hombres, dejó a su nodriza y se retiró a la desnuda gruta de Subiaco, para entregarse allí totalmente a Jesucristo y a una vida mortificada.

En la soledad de Subiaco vivió Benito tres años, bajo la mirada de Dios, escudriñando las divinas Escrituras, que eran su único pan, luz y consuelo. Como la fama de su santidad se difundiese lejos de su retiro, unos pobres pastores vinieron a verle para que los instruyera, y algunos monjes le rogaron que los formase; mas no pudiendo soportar las reprensiones que merecían a causa de su vida licenciosa, determinaron envenenarle por medio de una bebida. Pero el Santo, con la señal de la cruz, quebró el vaso en que se la ofrecían, y dejando el monasterio, volvió a la soledad.

Sin embargo, había llegado el momento en que la lámpara tenía que ser puesta en el candelero para que todos pudieran aprovecharse de su luz. Comoquiera que acudiesen todos los días al encuentro de Benito multitud de nuevos discípulos,

edificó doce monasterios con superiores fijos y doce monjes en cada uno, y mantuvo consigo a algunos de ellos, los mejores y más jóvenes, como Mauro y Plácido, para iniciarlos en la vida monástica. Así nació la Orden Benedictina.

San Benito fundó su Orden en la roca de la Palabra de Dios, a la cual quiso que quedara anclada tanto la vida de sus hijos como de todos aquellos que deseaban seguirlo en el camino de la santidad. A la palabra de Dios unió su oración incesante del corazón acercándose al Maestro Divino. Igualmente, inspirado por el Espíritu de Dios, dio a sus monjes una guía, su Regla, recto camino para lograr el reino eterno, y admirable por su discreción.

Después partió a Montecasino, en donde, encontrando una estatua de Apolo, que recibía todavía culto en aquel lugar, la destruyó; derribó luego el ara y pegó fuego al bosque sagrado, construyendo en el mismo lugar el oratorio de San Martín y una pequeña iglesia a San Juan, a la vez que instruía en los preceptos de la religión cristiana a los moradores de aquella comarca.

De tal suerte crecía de día en día la divina gracia en Benito, que, dotado de espíritu profético, predecía lo futuro. Al saberlo Totila, rey de los godos, a fin de comprobar la verdad de este hecho, le envió un escudero suyo, vestido con ornamentos reales y con gran acompañamiento, fingiendo que era el rey. Mas apenas Benito lo vio, le dijo: «Quita, hijo, quita lo que llevas, pues no es tuyo». Predijo al mismo Totila que entraría en Roma, que pasaría el mar, y que moriría después de nueve años.

Así, mientras el Imperio Romano se desmoronaba, surgía, por medio de este gran Santo, una era nueva para la Europa a la que sus hijos comunicaban la Buena Nueva.

Evidentemente, el enemigo de las almas no podía soportar la irradiación de una tal santidad. Desde el principio de su vida consagrada a Dios, cuando el aún joven Benito se hallaba en la gruta de Subiaco, el enemigo infernal trató de disuadirlo de mil maneras de la vida emprendida, mediante tentaciones terribles, recuerdos y nostalgias de Roma; incluso en un momento dado, impugnaciones gravísimas contra la castidad. El joven Benito, fortalecido por el Señor, venció estas últimas tentaciones lanzándose desnudo en un gran zarzal, y revolviéndose en él varias veces, hasta que brotó sangre abundante; pero los pinchazos del zarzal acabaron para siempre con los pinchazos de las tentaciones carnales. El demonio, vencido y humillado, se retiró gritando: «Benito, bendito no, no; maldito, maldito».

Desde entonces este gran Santo es muy fuerte contra el demonio y contra las tentaciones carnales, ayudando a sus devotos a vencerlo con sus mismas palabras, que están grabadas en su medalla, llamada milagrosa por las bendiciones que le ha dado la Iglesia. Estas son las palabras: «Aléjate, Satanás, no me persuadas cosas vanas; son malas tus bebidas, bébete tú mismo tu veneno. La Cruz santa sea mi luz, no sea el Diablo mi caudillo».

Tuvo San Benito el consuelo de ver cómo San Mauro, uno de sus primeros hijos, evangelizaba la Galia, y realizaba, con la Cruz del Santo Patriarca, numerosos milagros, liberando a las almas del maligno seductor.

Algunos meses antes de dejar esta vida, San Benito predijo a sus discípulos el día de su tránsito, mandando que seis días antes abriesen el sepulcro en que había

de ser colocado. El día sexto se hizo llevar a la iglesia, y allí, después de recibir la Eucaristía, con los ojos elevados al cielo y orando, entregó su alma al Criador. Dos de sus monjes lo vieron subir al cielo revestido de hermosísimo ropaje, rodeado de lámparas resplandecientes, a la vez que oían a un venerable varón de faz iluminada, que, situado sobre la cabeza del Santo, decía: «*Este es el camino por el cual Benito, el amado del Señor, sube al cielo*». Era el Jueves Santo del año 547.

2º Origen de la Medalla de San Benito

Muy antigua es la devoción a la Medalla de San Benito, sin que sea posible, sin embargo, determinar con precisión cuándo nació exactamente.

Un hecho narrado en la vida del papa San León IX, que fue Pontífice desde el 1048 hasta el 1054, demuestra su antigüedad. Nació este papa en 1002 y se llamaba Brunone; cuando aún era niño, fue confiado a Bertoldo, obispo de Toul. Una vez que iba a visitar a sus padres en el castillo de Eginiskeim, un bicho venenoso, mientras dormía, se le encaramó en la cara y lo mordió horrendamente. Al oír los gritos del chiquillo, acudieron todos los familiares. Después de dos meses de atroces sufrimientos, el niño, perdida la capacidad de hablar, en estado de pleno conocimiento, vio una escalera luminosa que, partiendo desde su cama de sufrimiento, salía de la ventana y tocaba el cielo. Un anciano venerable bajaba por la escalera teniendo en la mano derecha un largo bastón en el cual se veía marcada la Cruz de Cristo. Al llegar cerca del enfermo, el venerable viejo tocó a Brunone con la Cruz. El joven reconoció entonces al patriarca San Benito. Al punto salía el veneno por una llaga cerca de la oreja, y pocos días después, al cicatrizarse la herida, Brunone sanaba completamente.

A mediados de 1600, en Baviera, la abadía de Metten se convirtió en un centro de devoción de la Cruz de San Benito, y desde Alemania se difundió en todo el mundo católico la costumbre de llevar consigo la Medalla de San Benito como defensa segura contra todos los engaños de Satanás. El Papa Benedicto XIV, con el Breve *Cælestibus Ecclesiae thesauris*, del 12 de marzo de 1742, aprobó la devoción a la Medalla y a la Cruz de San Benito.

3º Por qué se representa la efigie de San Benito en la Medalla y en la Cruz.

La efigie de San Benito es necesaria en la Medalla y en la Cruz para poder ganar las indulgencias que le están vinculadas. Se le otorgó a San Benito el honor de ser representado en la Medalla, junto a la imagen de la santa Cruz, para demostrar la eficacia que la sagrada señal tuvo entre sus manos.

San Gregorio, en la vida que escribió sobre el santo Patriarca, lo representa en el acto de alejar las tentaciones con la señal de la santa Cruz, o mientras se hace pedazos la copa del veneno, o mientras disipa el furioso incendio que estalló en el monasterio; asimismo, en el acto de enseñar a sus discípulos a signarse el corazón con la Cruz, para liberarlo de las sugerencias diabólicas.

San Benito, mientras funda una nueva Era cristiana para sustituir la pagana, abate los ídolos y las estatuas de los dioses falsos y engañosos, sustituyéndolos

con los símbolos y las estatuas cristianas. La primera señal cristiana entre todas es el símbolo de la Cruz del Señor. Satanás es siempre idólatra y fautor de los ídolos contra el único Dios verdadero. San Benito, abatiendo los ídolos de Satanás, mostró a todo el Occidente el camino recto, el de la Cruz de Cristo. Por esto es justo que su efigie se represente en su Medalla, y se la grave en la Cruz milagrosa denominada de San Benito.



Al igual que el Santo Patriarca Benito, otros ilustres santos benedictinos hicieron prodigios extraordinarios con la señal de la Cruz. Baste citar como ejemplos a San Mauro, San Plácido, San Benito Revello (obispo de Albenga), San Riemiro, San Anselmo de Canterbury y San Gregorio VII.



4º Explicación de las inscripciones de la Medalla.

ANVERSO:

Eius in obitu nostro presentia muniamur:

Seamos protegidos por su presencia en la hora de nuestra muerte.

REVERSO:

C. S. P. B.
C. S. S. M. L.
N. D. S. M. D.
V. R. S.
N. S. M. V.
S. M. Q. L.
I. V. B.

Crux sancti Patris Benedicti
Crux sancta sit mihi Lux
Non Draucus sit mihi dux
Vade retro, Satana!
Non suadeas mihi vana
Sunt mala quae libas
Ipse venena bibas

Crux del santo Padre Benito
La Cruz santa sea mi luz
No sea mi caudillo el Dragón
¡Aléjate, Satanás!
No me sugieras cosas vanas
Mala es la bebida que ofreces
Bebe tú mismo tus venenos

Conclusión.

Al inicio de estas modestísimas y breves noticias sobre San Benito citábamos la revelación que el Señor le hizo a Santa Gertrudis sobre el papel del santo Patriarca. Hoy es tiempo de que este vaticinio se cumpla: que los devotos de San Benito se apliquen a hacer conocer a San Benito y difundir la devoción a su santa Medalla, para que muchos cristianos experimenten su intercesión y su poder contra el demonio –que nunca asedió tanto a las almas como hoy–, y, fortalecidos por su patrocinio, gocen de aquella paz que indica la misma Medalla en su parte superior: **Pax**.